

La Cosa más Grande en el Mundo

Henry Drummond

I Corintios 13

Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; más cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.

Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido. Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.

La cosa más grande en el mundo

Todo el mundo se ha hecho esta misma pregunta: ¿Qué es el *summum bonum* —el supremo bien? Tú tienes la vida delante de ti. La podrás vivir una sola vez. ¿Cuál es el objeto más noble que se puede desear, la suprema virtud que se puede codiciar?

Nos hemos acostumbrado a escuchar que la cosa más grande en el mundo religioso es la fe. Esta palabra ha sido por siglos la palabra clave de la religión popular. Y nos hemos acostumbrado a pensar que la fe es la cosa más grande en el mundo. Pues estamos equivocados. Si creemos que la fe es la cosa más grande entonces pudiéramos no alcanzar la meta. Les he dado a ustedes, en el capítulo escrito arriba, al cristianismo y su fuente; y allí vemos que *“el mayor de ellos es el amor”*. Y éste no es un descuido. Pablo estaba hablando de la fe momentos antes. Él dijo, *“Si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy”*. Lejos de ser descuido, él deliberadamente hace un contraste: *“Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor”*. Y sin meditarlo mucho entonces él expone la decisión final: *“El mayor de ellos es el Amor”*.

Y esto no es un prejuicio; este hombre es apto para recomendar su punto más sólido. El amor no era el punto más fuerte de Pablo. Un estudiante observador puede detectar una hermosa ternura creciendo y madurándose en Pablo a medida que él va envejeciendo; pero

La Cosa más Grande en el Mundo

la mano que escribió: “*El mayor de ellos es el amor*”, cuando la notamos, primero; está manchada de sangre.

Ni es esta carta a los Corintios peculiar en destacar al amor como el *summum bonum*. Las obras maestras del cristianismo concuerdan sobre esto. Pedro dijo: “Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor,” *Sobre todas las cosas*. (1 Pedro 4.8). Y Juan va aun más allá: “*Dios es Amor*” (1 Juan 4.8). También debemos recordar la observación tan profunda que Pablo hace en otra parte, “*El cumplimiento de la ley es el amor*” (Romanos 13.10).

¿Alguna vez te has preguntado qué quiso él decir con eso? En aquellos días los hombres se ganaban la gloria eterna mediante la obediencia a los Diez Mandamientos y los otros ciento diez mandamientos que habían sacado de ellos. Cristo dijo que les mostraría una manera más sencilla. Si hacían una sola cosa, estarían haciendo esas ciento diez cosas sin pensar más en ellas. Si tú amas, inconscientemente estarás cumpliendo el todo de la ley. Y podremos realmente ver por nosotros mismos como eso es así. Considera cualquiera de los mandamientos. “No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20.3). Si un hombre ama a Dios, tu no requerirás decírselo así. El Amor es el cumplimiento de esa ley. “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano” (Éxodo 20.7). ¿Acaso se atrevería uno a pronunciar el nombre del Señor en vano si lo amara? “Acuérdate del día de reposo para santificarlo.” (Éxodo 20.8). ¿Acaso no estaría uno muy agradecido como para dedicar un día de cada siete a exclusivamente el objeto de su afección? El amor cumplirá con todas esas leyes respecto a Dios. Y de esa manera, si una persona amara a los hombres, nunca pensarías en decirle a esa persona que honrara a su padre y a su madre. Él no podría hacer otra cosa. Sería absurdo decirle que no matara. Usted sólo podría insultarle si le sugiere que no debiera robar – ¿cómo podría robar a quien ama? Sería supérfluo pedirle que no hablara contra su prójimo falso testimonio. Si amara sería la última cosa que él haría. Y nunca te atreverías a sugerirle que no debiera codiciar lo que tiene su prójimo. Él preferiría que ellos lo tuvieran y no él. En esta manera “*el cumplimiento de la ley es el amor*”. Es la regla para el cumplimiento de todas las reglas, el nuevo mandamiento para guardar todos los mandamientos antiguos, la clave de Cristo para la vida cristiana.

Ahora, Pablo había aprendido que, y en su noble apología, él nos dio el más maravilloso y original relato que pueda existir sobre el *summum bonum*. Nosotros podríamos dividir este capítulo en tres partes. En el principio de este breve capítulo tenemos al Amor *contrastado*; en el corazón del mismo, tenemos al Amor *analizado*; y hacia el final tenemos al Amor *defendido*, como el don supremo.

El contraste

Pablo comienza por contrastar al Amor con otras cosas que al hombre en aquellos días pensaba mucho en ellas. No os voy a tratar ir sobre aquellas cosas en detalle; la inferioridad de ellas es realmente obvia.

Pablo contrasta al amor con la elocuencia. Y que noble virtud, es el poder de estimular sobre almas y voluntades de los hombres; levantándolos a elevados propósitos y santas obras. Pablo dice: “*Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe.*” Y bien sabemos el porqué. Todos hemos sentido la desvergüenza al decir palabras sin emoción; la vacuidad, la inexplicable falta de persuasión, de elocuencia en la que detrás no la respalda el Amor.

La Cosa más Grande en el Mundo

Él lo contrasta con la profecía. Él lo contrasta con los misterios. Él lo contrasta con la fe. Él lo contrasta con la caridad. ¿Por qué es el Amor más grande que la fe? Porque el fin es más grande que el medio. ¿Y por qué es más grande que la caridad? Porque el todo es más grande que la parte. El Amor es más grande que la fe, porque el fin es más grande que el medio. ¿Cuál es el sentido de tener fe? Es conectar el alma con Dios. ¿Y cuál es el objeto de conectar al alma con Dios? ¿Y cuál es el objeto de conectar al hombre con Dios? Para que él pueda ser semejante a Dios. Pero Dios es Amor. Por lo tanto la fe, el medio, es para amar, al fin, Dios. El Amor, por lo tanto, es más grande que la fe. Es más grande que la caridad, y nuevamente reitero; porque el todo es más grande que la parte. La caridad es solo un poquito de Amor, una de las innumerables vías del Amor, e incluso puede ser, y haber, una gran cantidad de caridad sin Amor.

Es muy fácil tirar una moneda a un mendigo en la calle; generalmente es más fácil que no hacerlo. Pero amar es a menudo retener. Compramos alivio de los sentimientos simpatizantes ocasionados por el espectáculo de la miseria, y del costo del cobre. Resulta tan barato, tan barato para nosotros, y a veces caro para el mendigo. Si realmente lo amáramos haríamos más por él, o menos.

De ahí Pablo lo contrasta con el sacrificio y el martirio. Y ruego a los pequeños grupos de aspirantes misioneros, y tengo el honor de llamar a algunos de ustedes por este nombre por vez primera. Recordándoles que piensen dar sus cuerpos para ser quemados, y no tengan amor, no prueba nada, ¡nada! Tú no puedes hacer nada más grande al mundo pagano, que imprimir y reflejar el Amor de Dios en tu propio carácter. Ese es el lenguaje universal. Te tomaría años en hablar chino, o en los dialectos de la India. Será el día en tu tierra que el lenguaje del amor, entendido por todos, se derramará en elocuencia. Es el alemán quien es el misionario, no sus palabras. Su carácter es su mensaje.

En el corazón de África, entre los grandes lagos, me crucé con una pareja africana quienes recordaron al único hombre blanco que habían visto, David Livingstone; y al cruzar los pasos que él dejó en ese continente negro pude ver las caras de esas personas iluminarse cuando hablaban del amable doctor, quien pasó por allí hace muchos años. Ellos no lo podían entender, pero todos sentían el amor que palpitaba en su corazón. Toma dentro de tu nueva esfera de labor, donde planeas pasar tu vida, ese encanto tan simple; y el trabajo de tu vida será un éxito. No puedes encontrar nada más grande, no necesitas tomar nada menos. No vale la pena si vas a tomar algo menos. Necesitas tomar cada realización; tu puedes ser sostenido en cada sacrificio; pero si tu das tu cuerpo para ser quemado, y no tienes amor, de nada te servirá ni a la causa de Cristo.

El análisis

Después de contrastar al Amor con estas cosas, Pablo, en tres versículos muy cortos, nos da un asombroso análisis de lo que es, esta cosa suprema. Te pido que la mires. Es una cosa compuesta, Pablo lo dice. Es como la luz. Cuando un científico pasa un rayo de luz a través de un prisma de cristal, del otro lado del prisma salen todos los colores del arco iris —rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y violeta. Así Pablo pasa esta cosa, el Amor, a través del magnífico prisma de su intelecto inspirado y sale del otro lado el amor descompuesto en todos sus elementos. En estas breves palabras tenemos lo que uno llamaría el espectro del Amor, el análisis del Amor. ¿Acaso puedes ver todos sus elementos? ¿Es que acaso no te das cuenta que tienen nombres comunes, que son virtudes de las cuales

La Cosa más Grande en el Mundo

escuchamos todos los días; que son cosas que pueden ser practicadas por todo hombre en cada lugar y vida; y como, por una multitud de pequeñas cosas y ordinarias virtudes, la suprema cosa, el summum bonum, está hecho?

El espectro del amor tiene nueve ingredientes:

Paciencia	<i>“es sufrido”</i>
Bondad	<i>“es benigno”</i>
Generosidad	<i>“no tiene envidia”</i>
Humildad	<i>“no se envanece”</i>
Cortesía	<i>“no hace nada indebido”</i>
Desinterés	<i>“no busca lo suyo”</i>
Buen carácter	<i>“no se irrita”</i>
Sencillez	<i>“no guarda rencor”</i>
Sinceridad	<i>“no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad”.</i>

La paciencia, bondad, generosidad, humildad, cortesía, desinterés, buen carácter, sencillez, sinceridad —estas virtudes forman el don supremo, la estatura del hombre perfecto. Observarás que todas ellas tienen relación con el hombre, en su relación con la vida, en relación del saber diario, y del cercano mañana, y no sobre la desconocida eternidad. Hemos oído mucho del amor a Dios; Cristo habló mucho del amor al hombre. Él hizo un gran trato de paz con el cielo; Cristo hizo mucho de paz sobre la tierra. La religión no es algo extraño o cosa agregada, sino la inspiración de la vida secular, el aliento de un espíritu eterno por medio de este mundo temporal. La cosa suprema, en pocas palabras, no es solo una cosa del todo, sino la más completa dádiva de multitudinarias palabras y actos, que elevan la suma en cada día ordinario. No hay más tiempo para algo que pasar nota sobre cada uno de estos ingredientes.

Amor es paciencia. Es la actitud normal del amor; Amor pasivo; el amor espera a comenzar; no tiene prisa; es calmado; listo para hacer su trabajo cuando llega el llamado, pero mientras tanto, se viste con el ornamento de un humilde y apacible espíritu. El amor todo lo sufre, todo lo soporta, todo lo entiende, todo lo espera. Porque el Amor entiende, y por eso espera.

Amor es bondad. Amor activo. ¿Has notado alguna vez cuánto de la vida de Cristo fue utilizada en hacer cosas buenas, en solamente hacer cosas buenas? Reflexiona en ello con esto en mente, y encontrarás que él empleó una gran proporción de su tiempo simplemente haciendo a la gente feliz, y haciendo buenas acciones al pueblo. Solo hay una cosa más grande que la felicidad en el mundo, y es la santidad; y ésta no está bajo nuestro cuidado; sino que Dios ha puesto en nuestro poder la felicidad de aquellos que nos rodean, y eso es en parte para asegurarnos de que seamos bondadosos con ellos.

“La cosa más grande,” dicen algunos, “que un hombre puede hacer por su Padre celestial es ser bondadoso con algunos de Sus otros hijos.” Yo me pregunto: ¿Por qué es que no somos todos tan bondadosos, como debiéramos ser? ¡Cuánto lo necesita el mundo! ¡Cuán fácilmente es hacerlo! ¡Cuán instantáneamente actúa! ¡Cuán infaliblemente es recordado!

La Cosa más Grande en el Mundo

¡Cuán superabundantemente nos reditúa –porque no hay deudor en el mundo tan honorable, tan magníficamente honorable, como el Amor. “El amor nunca falla.” El Amor es éxito, el Amor es felicidad, el Amor es Vida, “Amor,” digo con Browning, “es energía de la Vida.”

*“Porque la Vida, con todos sus gozos y dolores,
y esperanzas y temores, es de la oportunidad, y precio;
aprender a amar. ¿Cómo podría ser el amor,
el que ha sido hecho, y es?”*

Donde está el amor, está Dios. El que permanece en amor, permanece en Dios. Dios es Amor. Por lo tanto, *ama*. Sin distinción, sin cálculo, sin demora, ama. Abundantemente sobre el pobre, porque es muy fácil, especialmente sobre el rico, quien parece necesitarlo más; sobre todo a tus compañeros, porque es muy dificultoso, y por quienes, quizás, hacemos del todo menos.

Hay una diferencia entre tratar de agradar y dar placer. Da placer. No pierdas las oportunidades que se te presentan de dar placer a otros. Porque es el incesante y anónimo triunfo de un verdadero amor espiritual. “Pasaré por este mundo solo una vez. Por lo tanto, cualquier cosa buena que pueda hacer, o cualquier amabilidad que pueda mostrar a un ser humano, lo haré ahora. No descuidaré ni las negaré, porque no pasaré por aquí otra vez.”

Amor es generosidad. “El amor no tiene envidia.” El amor no hace competencia con otros. Cualquier obra que intentes hacer, tu encontrarás a otros hombres haciendo la misma clase de obra, y probablemente haciéndola mejor. No los envidies. La envidia es un sentimiento de egoísmo herido a aquellos que están en la misma línea que uno mismo, un espíritu de codicia y detracción. Que poco trabajo cristiano se hace en protección en contra de un sentimiento anti cristiano. Es el modo más despreciable de todos los indeseables modos que nublan al alma del cristiano, esperando seguramente por nosotros en la esquina de cada obra, en vez de fortificarnos con la gracia de la magnanimidad. Hay sólo una cosa que realmente necesita el cristiano, envidiar la enorme, rica, generosa alma que “no tiene envidia”.

Amor es humildad. Entonces, después de haber aprendido lo anterior, tienes que aprender una cosa más, *humildad*, pon un sello sobre tus labios y olvida lo que has hecho. Después de haber sido bondadoso, después que has tomado amor al mundo y has hecho una obra bella, entonces regresa otra vez a la sombra y no digas nada al respecto. El amor se esconde hasta de sí mismo. El amor renuncia a la autosatisfacción. “El amor no es jactancioso, no se envanece.”

Amor es cortesía. El quinto ingrediente parece algo extraño para hallar en el *súmmum bonum*: *Cortesía*. Ese es amor en sociedad. Amor en relación a la etiqueta. “El amor no hace nada indebido.” La civilidad ha sido definida como amor en bagatelas. La cortesía se dice es amor a las cosas pequeñas. Y el único secreto de la civilidad es amar. El Amor no puede ser indebido. Usted puede colocar a la persona más inculta en la más alta sociedad, y si él tiene un espacio de amor en su corazón, no se comportará indebidamente. Él simplemente no lo puede hacer. Carlyle dijo de Robert Burns (poeta escocés), que no había caballero más genuino en Europa que él. Era porque él amaba todo —el ratón, la margarita; todas las cosas, grandes y pequeñas, que Dios había hecho. Así que, con este

La Cosa más Grande en el Mundo

pasaporte sencillo él podía mezclarse en cualquier sociedad, entrar en cortes y en palacios desde su pequeña cabaña sobre los bancos de Ayr. Usted conoce el significado de la palabra “caballero.” Significa un hombre gentil, un hombre que hace las cosas gentilmente, con amor. Ese es todo el arte y misterio que hay en ello. El hombre gentil no puede, en la naturaleza de las cosas, ser impropio, hacer algo inapropiadamente. El alma impropia, desconsiderada, de antipática naturaleza no puede hacer nada más. “El amor no hace nada indebido.”

Amor es desinterés. “El amor no busca lo suyo.” Observa: no busca ni lo que le pertenece. En la Bretaña del hombre inglés es devoto, y correctamente, a sus derechos. Pero vienen tiempos donde el hombre puede ejercitar aún los más elevados derechos de renunciar a sus propios derechos. Aún Pablo no nos convocó a renunciar a nuestros derechos. El amor golpea muy profundo. Si pudiéramos no buscarlo del todo, ignorarlo, eliminar los elementos personales junto a nuestros pronósticos; no sería difícil renunciar a nuestros derechos. Ellos suelen ser externos. Lo dificultoso es renunciar a nosotros mismos. La cosa más dificultosa no es aún buscar cosas por nosotros mismos. Después que hemos buscado, comprado, ganado, merecido, y que hemos sacado lo mejor de ellas para nosotros mismos; entonces, y quizás, una pequeña cruz sacrificarlas. Pero no las buscamos, ni vemos a cada hombre en sus propias cosas, sino en las cosas de otros. “¿Y tú buscas para ti grandezas?” (Jeremías 45.5), dice el profeta; “No las busques”. ¿Por qué? Porque no hay grandeza en las cosas. Las cosas no pueden ser grandiosas. La única grandeza es el amor sin egoísmo. Aun la abnegación en sí no es nada, es casi una equivocación. Solo un gran propósito o un más poderoso amor pueden justificar el esfuerzo. Es muy difícil, ya he dicho, no buscar lo propio en absoluto, entonces, habiéndolo encontrado, renunciar.

Tendré que regresar. Esto es real, parte de un duro egoísmo. Nada es arduo para el Amor y nada es difícil. Pienso que el yugo de Cristo es fácil. El “yugo” de Cristo es solo la forma de tomar la vida. Y pienso que es una forma fácil que cualquier otra. Pienso que es un alegre camino que cualquier otro. La lección más obvia en la enseñanza de Cristo es que no hay felicidad en tener o recibir cualquier cosa, sino sólo en dar. Yo me repito, *que no hay felicidad en tener o recibir, sino sólo en dar*. Y medio mundo está equivocado en la esencia de su búsqueda de la felicidad. Ellos piensan que consiste en tener y recibir, y en ser servidos por otros. Muy al contrario; consiste en dar y en servir a otros. Cristo dijo: “El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor” (Mateo 20.26). Y para el que quiera ser alegre, que recuerde que no hay más que una forma; más bienaventurada, más feliz, en dar que recibir. (Hechos 20.35).

Amor es alegre. El siguiente ingrediente es muy significativo: buen humor. “El Amor no es fácilmente provocado.” Nada puede ser más sorprendente que encontrar esto aquí. Estamos inclinados a mirar sobre el mal carácter como una debilidad inofensiva. Hablamos de ella como una mera falta de naturaleza, o una falla común, un asunto de genio, y no una cosa de tomar muy en serio cuando evaluamos el carácter de una persona. Pero aún aquí, recto en el corazón de este análisis del amor, hallamos algo; y la Biblia una y otra vez retoma el condenar como uno de las más destructivos elementos en la naturaleza humana.

La particularidad del temperamento enfermo es que es el vicio del virtuoso. Es muy a menudo la única mancha en un carácter noble. De seguro conoces a hombres que son casi perfectos y también mujeres que serían perfectas, pero fácilmente son una colmena, de explosivo temperamento y delicada disposición. Esta mezcla de un mal genio con un carácter de alta moralidad es uno de los más extraños y tristes problemas de la ética

La Cosa más Grande en el Mundo

humana. La verdad es que hay dos grandes clases de pecado —los pecados del *cuerpo* y los pecados de la *disposición*. El hijo pródigo puede ser ejemplificado como del primer tipo, el hermano mayor del segundo. Ahora bien, la sociedad no vacila en decir cuál es el peor. Su veredicto cae sin lugar a dudas sobre el hijo pródigo. Pero, ¿estamos en lo correcto? No tenemos balanza para pesar los más gruesos y finos pecados del otro, sino solo palabras humanas; sino faltas de la más alta naturaleza y pueden ser menos veniales que las menores, y para el ojo de Él, quien es Amor, un pecado en contra del Amor puede tener cientos de veces más base. No en forma de vicio, no lo mundano, no la codicia de oro, ni la embriaguez en sí misma hace más perjuicio en la sociedad cristiana que el mal genio; para amargar la vida; para fragmentar comunidades; para destruir las relaciones más sagradas devastando hogares; para desunir a hombres y mujeres; para marchitar la niñez; en corto, haciéndolo sola por el puro poder de su gratuita miseria.

Mira al hermano mayor, moral, esforzado, trabajador, paciente, obediente; dejándote todo el crédito por sus virtudes; ahora mira a ese mismo hombre, ese niño, esperando fuera de la casa del padre. Leemos que él “se enojó, y no quería entrar” (Lucas 15.28). Mira el efecto sobre el padre, sobre los siervos, sobre la felicidad de los invitados. Ahora juzga el efecto sobre el hijo pródigo, y cómo muchos de esos hijos pródigos son desechados del reino de Dios por el desamor de aquellos que profesan, ¿estar dentro? Analizados, como un estudio del temperamento, la propia nube de tormenta que se reúne en la frente del hermano mayor. ¿Qué se está formando? Celos, enojo, orgullo, falta de caridad, crueldad, justificación propia, irritación, la terquedad, el mal humor —esos son los ingredientes de esa alma oscura y sin amor. En variadas proporciones, estos son los ingredientes de todo temperamento enfermo. Juzgue, si esos pecados de la disposición no son los peores para vivir en ellos, y para que otros puedan vivir, que los pecados del cuerpo. En verdad, ¿acaso no dijo Cristo que “los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios?” (Mateo 21.31). Realmente no hay lugar en el Cielo para una disposición como ésta. Un hombre con tal temperamento sólo haría del Cielo un lugar miserable para todos allí. Excepto, por lo tanto, a menos que tal hombre nazca de nuevo, pero no puede, él simplemente no puede entrar al reino de los cielos. Por ello es perfectamente cierto, y ustedes no permitirán que me equivoque, que entre en el Cielo un hombre así, o que lo pueda tener en él.

Usted entonces podrá ver porque el temperamento es significativo. No lo es en lo que solo es, sino en qué nos revela. Este es el porqué me tomo la libertad de hablar de ello con inusual sencillez. Es un test para el Amor, un síntoma, una revelación de la desamorosa naturaleza inferior. Es la intermitente fiebre que nos habla ininterrumpidamente de la enfermedad en sí; la burbuja emocional escapando a la superficie que traiciona la podredumbre que hay debajo; un ejemplo de los productos más ocultos del alma arrojados involuntariamente cuando se tiene la guardia baja; en otras palabras, la deslumbrante forma de cientos de horribles pecados de un supuesto cristiano. Por una falta de paciencia, falta de bondad, falta de cortesía, falta de generosidad, todas son instantáneamente simbolizadas en un relámpago temperamental.

Por lo tanto, no es suficiente tratar con el mal genio. Tenemos que ir a la fuente y cambiar la naturaleza interna, y los humores enojados morirán fuera o por sí mismos. Las almas serán dulces por echar fuera los fluidos ácidos, sino por poner algo en el gran Amor, en un nuevo Espíritu, el Espíritu de Cristo. Cristo, el Espíritu de Cristo penetrando internamente en nosotros, dulcifica, purifica, transforma todo. Así, solamente se puede erradicar lo que está errado, un trabajo de cambio químico, renovando y regenerando, y

La Cosa más Grande en el Mundo

rehabilitando al hombre interior. El poder de la voluntad humana no puede cambiar al hombre. El tiempo tampoco lo cambia. Cristo lo hace. “Deja que esa mente sea en ti, la cual también fue, en Cristo Jesús” (Filipenses 2.5). (Traducción literal KJV).

Algunos de nosotros no tenemos mucho tiempo que perder. Recuerda una vez más que esta es una cuestión de vida o muerte. No puedo ayudarlos hablando apremiantemente para mí mismo, para ustedes mismos. “Cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar” (Mateo 18.6). Eso es lo que dice. Ese es el veredicto deliberado del Señor Jesús: de que es mejor no vivir que hacerlo sin amar.

Amor es sencillez y sinceridad. La sencillez y la sinceridad pueden ser diferenciadas casi con una palabra. La sencillez es la gracia de la gente suspicaz. Y la posesión de ella es el gran secreto de la influencia personal. Usted podrá encontrar, si lo piensa por un momento, que la gente que lo influyó fueron personas que creyeron en usted. Una atmósfera de hombres suspicaces, se marchita, pero en esa atmósfera ellos expanden y encuentran el valor y educativo compañerismo. Es una cosa maravillosa que aquí y allá, en este difícil mundo falto de caridad, aún permanecen pocas almas raras que no piensan en el mal. Esa es la gran falta de conocimiento de los sucesos del mundo. El Amor “no guarda rencor”, no imputa motivos, sino que ve el lado brillante, establece la mejor construcción en cada acción. ¡Qué delicioso estado del pensamiento vivir así! ¡Qué incentivo y bendición aún hallarnos con él hoy! Ser confiable es ser salvado. Y si tratamos de influenciar o elevar a otros, pronto veremos que el éxito es proporcional a sus creencias sobre nuestra creencia en ellos. Para el respeto de otro, lo primero es la restauración de la autoestima que un hombre ha perdido; nuestro ideal de lo que él es llega a ser la esperanza y la pauta en lo que él puede convertirse.

El amor “no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad” (1 Corintios 13.6). Le he llamado a esto *Sinceridad* por las palabras tomadas de la Versión Autorizada (King James): “regocíjao en la verdad”. Y, ciertamente, esta real traducción no puede ser más justa. Porque aquél que ama, amará en Verdad, no menos que al hombre. Aquél que se regocija en la Verdad no se regocija en lo que ha estado enseñado o creído; no en aquella o esa doctrina de la iglesia; no en este “ismo” o aquel “ismo”; sino en *la Verdad*. Él aceptará sólo lo que es verdadero; se esforzará por entender los hechos; buscará la verdad con una mente humilde y sin prejuicios; y atesorará todo lo que encuentre a costa de cualquier sacrificio. Pero la traducción más literal de la Versión Revisada (King James) nos llama para sacrificar aquí por amor a la verdad. Por lo que Pablo realmente significó, es como lo leemos: “Regocijáos no en la injusticia, sino regocíjao con la verdad,” una cualidad que probablemente ninguna palabra en inglés, y ciertamente ni la palabra *Sinceridad* apropiadamente la define. Ésta incluye, quizás más estrictamente, el auto restricción que reúsa capital sobre otras faltas. La caridad que se deleita no en la exposición de las debilidades de otros, sino que “cubre todas las cosas”; el propósito de la sinceridad que nos esfuerza a ver las cosas como son, y nos regocija hallarlas mejores que los temores suspicaces o denuncias calumniosas.

Hasta aquí hemos hecho un buen análisis del amor. El propósito de nuestras vidas es la de tener esas cosas integradas en nuestros caracteres. Este es el trabajo supremo al cual necesitamos dirigirnos en este mundo: aprender del Amor. ¿No está la vida plena de oportunidades para aprender del Amor? Cada hombre y mujer y en cada día tiene miles de oportunidades para ello. El mundo no es un patio de recreo; es un aula de clase. La vida no es un día feriado, sino un día de educación. Y la gran lección eterna para todos es cómo podemos amar mejor. ¿Qué hace a la persona un buen jugador de fútbol? La práctica. ¿Qué

La Cosa más Grande en el Mundo

hace a un hombre buen artista, buen escultor, buen músico? La práctica. ¿Qué hace al hombre un buen lingüista, un buen escenógrafo? La práctica. ¿Qué hace a un buen hombre? La Práctica. Nada más. No hay nada caprichoso acerca de la religión. No tomamos el alma en diferentes maneras, bajo diferentes leyes, de aquellas en las cuales tenemos el cuerpo y la mente. Si un hombre no ejercita su brazo, no desarrolla el músculo del bíceps; y si uno no ejercita su alma, no desarrolla ningún músculo en ella, ni fortaleza de carácter, ni fibra de vigor moral, ni la belleza de crecimiento espiritual. El amor no es una cosa de emoción entusiasta. Es la expresión rica, fuerte, viril, vigorosa del carácter cristiano —la naturaleza de Cristo en su pleno desarrollo. Y lo constituyente de ese gran carácter es solo la edificación por práctica incesante.

¿Qué hacía Cristo en el taller de carpintería? Practicaba. Aunque él era perfecto, leemos que él “aprendió la obediencia”, y creció en sabiduría a favor de Dios y los hombres. (Véase Hebreos 5.8). No te quejes de tu suerte en la vida. No te quejes de los incesantes afanes, es ambiente mezquino, de las vejaciones que tienes que soportar, de las pequeñas e innobles almas con que tienes que vivir y trabajar. Sobre todo, no resientas las pruebas; no te quedes perplejo porque parezcan acumularse más y más y no cesen por esfuerzo, agonía ni oración. Ésa es la práctica que Dios ha escogido para ti; y él está obrando para hacerte paciente, humilde, generoso, sin egoísmo, amable y cortés. No rechaces la mano que está moldeando aún la informe imagen dentro de ti. Se está haciendo más hermosa aunque tú no la veas; y cada toque de tentación puede dirigirte hacia su perfección.

Por lo tanto, mantente en medio de la vida. No te aísles a ti mismo. Permanece en medio de los hombres, en medio de las cosas, y en medio de los problemas, dificultades y obstáculos. Recuerda las palabras de Goethe: *Es bildet ein Talent sich in der Stille, Doch ein Character in dem Strom der Welt.* (“El talento se desarrolla en la quietud; el carácter en la fortaleza de la vida”). El talento se desarrolla a sí mismo en soledad —el talento de la oración, de la fe, de la meditación, de ver lo nunca visto; El carácter crece en la fortaleza de la vida del mundo. Que principalmente es donde el hombre aprende a amar.

¿Pero cómo? ¿Cómo hacerlo? Para hacerlo fácil, he nombrado algunos elementos del amor. Pero esos son solo elementos. El Amor en sí nunca puede definirse. La luz es más que la suma de sus ingredientes —luminosa, deslumbradora y trémula etérea. Y el amor es algo más que todos sus elementos —una cosa palpitante, vibrante, sensitiva y viviente. Por medio de la síntesis de todos los colores se puede hacer la blancura; pero no se puede hacer la luz. Por medio de la síntesis de todas las virtudes se puede hacer la virtud; pero no puede hacer amor. ¿Cómo entonces podemos lograr tener amor dentro de nuestras almas? Contengamos nuestras voluntades aseguradas. Tratemos de imitar a los que lo tienen. Vigilemos. Oremos. Pero estas cosas solas no producirán el amor. El amor es como un efecto. Y solamente cuando cumplamos las condiciones correctas podremos lograr el efecto. ¿Cuál es la causa?

Si revisamos la primera Epístola de Juan (4:19) encontraremos estas palabras: “Amamos, porque El nos amó primero” (KJRV) “Amamos”, no “Le amamos.” Es la manera en que esta vieja versión lo presenta. Y no tiene error. “Amamos, porque Él primero nos amó.” Fíjate en la palabra “porque”. Es la causa a la cual me he estado refiriendo. “Porque Él primero nos amó”. El efecto siguiente es que “amamos”, Le amamos, amamos a todos los hombres. No podemos evitarlo. Porque Él nos ama, amamos, amamos todo. Nuestro corazón está cambiando lentamente. Contemplando el amor de Cristo, tú podrás amar. Párate enfrente de ese espejo, refleja el carácter de Cristo y serás cambiado en la misma imagen de ternura en ternura. No hay otra forma. No puedes amar a la fuerza. Sólo mirarás el objeto

La Cosa más Grande en el Mundo

amado, y caerá de amor contigo, y crecerás a su semejanza amando. Y así contemplarás su Perfecto Carácter, esa Vida Perfecta. Mira el gran sacrificio de Cristo como propiciándose él mismo a través de toda la vida y sobre la cruz del Calvario; y tú tienes que amarlo. Y amándolo, tú llegarás a ser como él. Amor engendra amor. Es un proceso de inducción. Coloca un pedazo de hierro en presencia de un cuerpo magnetizado, y la pieza de acero con el tiempo se magnetizará. Es cargado con una fuerza atrayente ante la presencia de una fuerza original, y tan pronto como los dejes de lado a lado, ambos serán magnetos de igual manera. Permanece al lado de Aquel que nos ama y se dio por nosotros, y tú también vendrás a ser un centro de poder, una fuerza permanentemente atrayente; e igual que Él, tú atraerás a todos los hombres hacia ti. Éste es el efecto inevitable del Amor. Cualquier hombre que cumple con esa causa tiene que tener ese mismo efecto producido en él. Trata de renunciar a la idea de que la religión nos llega por fortuna, por misterio, o por capricho. La misma llega a nosotros por medio de leyes naturales, o por leyes sobrenaturales, porque toda ley es Divina.

Eduardo Irving una vez fue a visitar a un muchacho que moría. Cuando él entró al cuarto sólo puso la mano en la cabeza del muchacho, y dijo, —Mi muchacho, Dios te ama — y se fue. El muchacho brincó de su cama y gritó a toda la gente en la casa, diciendo: — ¡Dios me ama! ¡Dios me ama! Ese muchacho cambió. El sentido de que Dios lo amaba venció, lo derritió, y comenzó a crear un nuevo corazón en él. Y así es cómo que el amor de Dios derrite el desesperanzado corazón en el hombre, y lo transforma en una nueva creatura, quien es paciente y humilde, gentil y sencillo. Y no hay otra manera de tenerlo. No hay misterio en ello. Amamos a otros, amamos a todos, amamos a nuestros enemigos, porque Él primero nos amó.

La Defensa

Ahora tengo unos párrafos más que agregar acerca de la razón de Pablo al señalar al amor como la posesión suprema. Una razón muy notable. En una sola palabra se resume tal razón: *perdura*. Pablo escribió que “*el amor nunca deja de ser*” (I Corintios 13.8). De ahí comienza otra de sus listas maravillosas de las grandes cosas que hacen que el amor sea tan impresionante, y expone una por una. Repasa sobre las cosas que los hombres pensaron que durarían, y nos muestra que todas son volátiles, pasajeras, temporarias, mortales. “*Las profecías se acabarán.*” Esta era la ambición materna por aquellos días de que el hijo se convirtiera en profeta. Durante cientos de años Dios no había hablado por medio de ningún profeta, y en ese tiempo el profeta era más grande que un rey. Los hombres esperaban deseosos para que viniera otro mensajero para examinar sus palabras y obedecerlas, como si ellas fueran la misma voz de Dios. Pero Pablo dice: “*Las profecías, se acabarán.*” (I Corintios 13.8). La Biblia está llena de profecías. Una a una se irán cumpliendo y “acabando”; esto es, que habiendo sido cumplidas se irán terminando; no habrá nada que hacer en el mundo excepto alimentar la fe de algún devoto.

Entonces Pablo habla de las lenguas. Esto era otra cosa muy codiciada en la antigüedad. “Cesarán las lenguas.” Como todos sabemos, muchos siglos han pasado desde que las lenguas han sido conocidas en este mundo. Pero las lenguas van cesando. Considéralo en el sentido que gustes. Considera, solo por ilustración, como a las lenguas en general —en el sentido que no estuvo del todo en la mente de Pablo, y cuyo pensamiento no puede darnos una lección específica que señale un punto de verdad general. Considera las

La Cosa más Grande en el Mundo

palabras en las cuales este capítulo fue escrito —el griego. Se ha ido. Considera al latín —otra de las grandes lenguas de aquellos días. Hace tiempo que cesó. Mira hacia las lenguas indias. Han cesado. La lengua de Gales, de Irlanda, de las altas tierras de Escocia han muerto ante nuestros ojos. El libro más popular de la lengua inglesa en el tiempo presente, excepto la Biblia, es una de las palabras de Dickens's, su sus *Pickwick Papers*, fue escrita principalmente en el lenguaje del Londres popular; y los expertos nos aseguran que dentro de cincuenta años será ininteligible para el lector inglés promedio.

Entonces Pablo va lejos, y con gran audacia agrega: “La ciencia acabará.” La sabiduría de los antiguos, ¿dónde está? Se ha ido completamente. Un escolar de hoy sabe más de lo que Sir Isaac Newton sabía; la sabiduría de Newton ya se ha desvanecido. Cuando tú pones el periódico de ayer en el fuego; su ciencia desaparece. Hoy tú puedes comprar las ediciones viejas de las grandes enciclopedias por unos cuantos centavos; su “sabiduría” se ha desvanecido. Nota como el carruaje de caballos ha cedido el paso al vapor, a las máquinas. Observa también como la electricidad ha reemplazado y relegado tantas invenciones al olvido. Una de las más grandes autoridades, Sir William Thompson, dijo una vez: “La máquina de vapor pasará”, “Dondequiera que haya conocimiento, pasará”. En cada taller que veas, en cada patio trasero, en escombros de hierro viejo, en algunas ruedas, en algunas palancas, en cosas rotas, quebradas y carcomidas por la oxidación; que hace treinta años eran el orgullo de la ciudad. Muchos hombres vinieron del campo para ver la gran invención; ahora reemplazada con otra —su día ya ha pasado. Y toda la ciencia jactanciosa y filosofía de hoy, pronto serán viejas.

En la Universidad de Edimburgo, una de las grandes figuras de la facultad fue Sir James Simpson, quien descubrió el cloroformo. Un día su sucesor y sobrino, el Profesor Simpson, fue interrogado por el bibliotecario de la Universidad al ir a la biblioteca a dejar libros que ya no necesitaba más. Su respuesta al bibliotecario fue esta: “Tomé cada libro que tuviera más de diez años y lo puse en la bodega, y son éstos”. Sir James Simpson había sido una gran autoridad hacía unos diez años, hombres venían de todas partes del globo a consultarlo; al menos el total de las enseñanzas de entonces es consignada por la ciencia de hoy hacia el olvido. Y en cada rama de las ciencias es lo mismo. *“Ahora vemos por espejo, oscuramente”*.

¿Acaso tú puedes decirme de algo que va a durar? Pablo no condescendió a nombrar muchas cosas. No mencionó el dinero, la fortuna, la fama. Pero él eligió las grandes cosas de su tiempo, las mejores cosas que los hombres pensaban que tenían algo de valor y terminantemente Pablo las barrió a un lado. Pablo no tenía nada en contra de estas cosas en sí. Solamente dijo de ellas que no iban a durar. Eran grandes cosas, pero no supremas. Había otras cosas que perdurarían más allá que estas otras. Lo que somos se extiende más allá de lo que hacemos, más allá de lo que poseemos. Muchas cosas que los hombres denuncian como pecados no lo son; pero son temporales. Y eso es un argumento favorito del Nuevo Testamento. Juan dice del mundo, no que está errado, sino que simplemente *“pasará”*. Hay un gran reto en el mundo que es delicioso y hermoso, hay un gran desafío en él que es grande y absorbente; pero no durará. Todo lo que es en el mundo, los deseos de los ojos, los deseos de la carne y el orgullo de la vida, no son sino por un momentito. Por lo tanto, no ames al mundo. Nada de lo que contiene es digno de la vida y la consagración de un alma inmortal. El alma inmortal tiene que darse a algo inmortal. Y las únicas cosas inmortales son éstas: *“Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor”* (1 Corintios 13.13).

La Cosa más Grande en el Mundo

Algunos piensan que pueda llegar el tiempo cuando dos de estas tres cosas pasarán también —la fe cambiará a vista y la esperanza a realidad. Pablo no dice así. Nosotros ahora sabemos sólo un poquito de las condiciones de la vida que ha de venir. Pero lo que es seguro es que el amor durará. Dios, el Eterno Dios, es Amor. Por lo tanto, codicia esa dádiva eterna, la única cosa que es certera y que perdurará, la única moneda que estará en circulación en el universo cuando las otras monedas de las naciones serán inútiles y sin valor alguno. Si te das a muchas cosas; date primero al Amor. Mantén las cosas en su proporción. *Deja las cosas en su proporción*. Deja al menos el primer gran objeto de nuestras vidas sea el alcanzar el carácter, en estas palabras defendido, el carácter —y ese es el carácter de Cristo —el cual se edifica en Amor.

Ya he dicho que el Amor es eterno. ¿Alguna vez has notado cuán constantemente Juan asocia el Amor y la fe con la vida eterna? Cuando yo era muchacho no me dijeron que: *“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, tenga vida eterna”* (Juan 3.16). Lo que se me dijo, y que yo bien recuerdo, era que tanto amó Dios al mundo que si yo confiaba en Él entonces iba a tener una cosa llamada paz. Yo iba a tener descanso, gozo y también seguridad. Pero tuve que averiguar por mí mismo que cualquiera que confía en Él, eso es, cualquiera que Lo ama —porque la confianza es la única vía al Amor— tiene vida eterna.

El evangelio le ofrece la vida al hombre. Nunca dejes que el evangelio te ofrezca sólo un poquito. No permitas que te ofrezca solamente gozo, o sólo paz, o sólo descanso, o sólo seguridad. Diles a las demás personas que Cristo vino a darle al hombre una vida más abundante de la que tiene, una vida abundante en Amor, y por lo tanto abundante en salvación y grande la empresa para la remisión y redención del mundo. Entonces el Evangelio puede obtener el todo del hombre, cuerpo, alma y espíritu, y dar a cada parte de su naturaleza su práctica y recompensa. Mucho de lo que se predica como evangelio, hoy en día, lo dirigen a sólo a una parte de la naturaleza del hombre. Ofrecen la paz, no la vida; la fe, no el amor; la justificación, no la regeneración. Y los hombres se regresan nuevamente de esas religiones porque realmente nunca los tuvieron. Sus naturalezas no estaban en todas ellas. No ofrecían una vida más profunda, que la que había llevado antes. Es seguramente razonable que solamente un amor más completo puede competir con el amor del mundo. El amar abundantemente es vivir abundantemente, y amar por siempre es vivir por siempre.

Por lo tanto, la vida eterna está estrechamente relacionada con el amor. Queremos vivir por siempre por la misma razón que queremos vivir mañana. ¿Por qué queremos vivir mañana? Es porque hay alguien que te ama y a quien quieres ver mañana; quieres estar con él y amarlo. No hay otra razón por la que debemos seguir viviendo sino sólo la razón de que amamos y somos amados. Es cuando un hombre cree que no tiene quien lo ama que enfrenta la tentación de suicidarse. Mientras tenga amigos, los que lo aman y a quienes él ama, vivirá, porque vivir es amar. Aunque sea sólo el amor de un perro, lo mantendrá con vida. Pero deja que valla y no tenga contacto con la vida, no tendría razón para vivir. La energía de la vida fallaría. La vida eterna también es conocer a Dios, y Dios es Amor. Esta es la propia definición de Cristo. Medita en ella. *“Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”* (Juan 17.3).

El Amor debe ser eterno. Eso es lo que Dios es. En el último análisis, entonces, el Amor es Vida. El Amor nunca falla, y la Vida nunca falla tanto mientras haya amor. Esta es la filosofía que Pablo nos muestra; la razón en la cual la naturaleza de las cosas, el Amor debe ser la cosa suprema —porque va al final; porque en la naturaleza de las cosas es una Vida Eterna. Que la vida es una cosa de la cual estamos ahora viviendo, no que dejaremos al

La Cosa más Grande en el Mundo

morir; que tendremos un poco de oportunidad de tenerla al morir en vez de vivirla ahora. No hay peor destino que le puede tocar a una persona que vivir y envejecerse sola, sin amar y sin ser amada. Perderse es vivir en una condición no regenerada, sin amor y sin ser amado; y salvarse es amar; y el que mora en amor mora alrededor de Dios. Porque Dios es Amor.

Ya casi estoy terminando. ¿Cuántos de ustedes se unirán a mí para leer 1 Corintios 13 una vez por semana durante los próximos tres meses? Un hombre hizo eso una vez y cambió su vida entera. ¿Lo harás tú? Es para la cosa más grande en el mundo.

Tal vez puedas comenzar leyéndolo todos los días, especialmente los versículos que describen el carácter perfecto: “*El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso...*” Agrega estos ingredientes a tu vida. Entonces todo lo que tú haces será eterno. Vale la pena el esfuerzo. Vale la pena darle su tiempo. Ningún hombre puede ser santo en su sueño; y el cumplimiento de las condiciones requeridas demanda entre oración, meditación y tiempo, nada más para dirigirse a cualquier dirección, mental o corporalmente requiere de preparación y cuidado. Dirígete hacia una cosa y bajo cualquier costo obtén este trascendente carácter intercambiándolo por el tuyo. Al mirar atrás en tu vida tú vas a encontrar que los momentos que sobresalen han sido los momentos en que te has afirmado, los momentos en los cuales tu realmente has vivido, y los momentos en que has hecho las cosas con un espíritu de amor.

A medida que tu memoria sondeé el pasado sobre todos los transitorios placeres de la vida, donde saltarás delante en esas supremas horas cuando tu has sido habilitado a hacer esas horas cuando has podido hacer bondades inadvertidas a las personas a tu alrededor, insignificantes como para hablar de ellas, pero de las cuales tu sientes haber ingresado hacia tu vida eterna. Yo he visto muchas cosas hermosas que Dios ha hecho; he disfrutado de casi todo placer que Él ha planeado para el hombre. Y aun así, al mirar hacia atrás veo que sobresalen en toda mi vida cuatro o cinco experiencias cortas cuando el amor de Dios se reflejó en mi vida por alguna pobre imitación, en algún pequeño acto mío de amor que hice, y así parecieran ser las únicas cosas eternas en la vida de uno. Todo lo demás en nuestras vidas es transitorio. Todo otro bien es imaginario. Pero los actos de amor que ningún hombre sabe, y que jamás puede saber —estos nunca fallan.

En el libro de Mateo se nos da una descripción acerca del día del juicio. Allí aparece uno sentado en un trono que está dividiendo las ovejas de las cabras, entonces la prueba del hombre no es “¿Cómo he creído?” sino “¿Cómo he amado?” La prueba de la religión, el test final de la religión, no es la religiosidad, sino el amor. Yo digo que la prueba final de la religión en ese gran día no es la religiosidad, sino el Amor; no por lo que yo he hecho, ni por lo que yo he creído, ni por lo que he alcanzado, sino cómo he compartido las caridades comunes en la vida. Acciones de pecados en terribles acusaciones no serán tratadas. Pero lo que no se ha hecho, *por el pecado de omisión*, seremos juzgados. No podría ser de otra manera. Rehusar dar amor es negar al Espíritu de Cristo; la prueba de que nunca lo conocimos, de que para nosotros él vivió en vano. Significa que ninguna vez sugirió nada en todos nuestros pensamientos, que él no inspiró nada en nuestras vidas, que nunca estuvimos lo suficientemente cerca de él como para ser encantados por su compasión por el mundo. Eso significa que: Si vivo por mí mismo, si pienso por mí mismo, para mí mismo, y nada más como si Jesús nunca hubiera vivido, y como si nunca hubiere muerto.

Todas las naciones se reunirán ante la presencia del Hijo del hombre. Allí en la presencia de toda la humanidad recibiremos nuestra sentencia en el propio espectáculo, en

La Cosa más Grande en el Mundo

silente juicio de cada uno. Todos a quienes hemos ayudado estarán allí; y allí también estará la multitud de los que hemos despreciado. No se necesitarán otros testigos; nuestra falta de amor testificará contra nosotros. No te engañes. Las palabras que algún día todos hemos de escuchar sonarán no sólo a causa de la teología, sino de la Vida; no de las iglesias y los santos, sino del hambriento y el pobre, no de credos y doctrinas sino de cobijo y abrigo, no de Biblias y libros de oraciones sino de copas de agua fría en el nombre de Cristo.

Gracias a Dios que los cristianos verdaderos de hoy en día se están acercando más a los necesitados del mundo. Vive para ayudar en eso. Gracias a Dios también que los hombres todavía pueden saber quién es Cristo, dónde está Cristo y quiénes son de Cristo. ¿Quién es Cristo? El que alimentó a los hambrientos, vistió a los desnudos y visitó a los enfermos. ¿Dónde está Cristo? *“Cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe”* (Mateo 18.5). ¿Quiénes son los de Cristo? *“Todo aquel que ama, es nacido de Dios.”* (I Juan 4.7).